

# Seguridad medioambiental: cuestiones polémicas y redefiniciones

Geoffrey D. Dabelko\*  
David D. Dabelko\*\*

El actual concepto de seguridad surgió fundamentalmente en el contexto de la Guerra Fría. Los estudios occidentales sobre seguridad se centraban, básicamente, en las estrategias militares para el empleo de las armas nucleares y del armamento convencional como instrumentos para garantizar la seguridad mediante las fuerzas armadas. A las amenazas militares se les oponía el poder militar. Esta preocupación por

una concepción militar de la seguridad, sin embargo, no ha estado exenta de costes.

La concepción restringida de la seguridad, basada en lo militar, excluyó en buena medida las consideraciones sobre las amenazas potenciales no militares y sobre los medios no militares de obtener seguridad. Los cambios económicos y ecológicos en un mundo cada vez más interdependiente suponen amenazas potenciales para los actores a todos los niveles de análisis. Las causas, efectos y soluciones de estos retos económicos y medioambientales no tienen en cuenta las fronteras nacionales y llevan a cuestionar muchos supuestos sostenidos por la teoría realista y por las definiciones estatistas de seguridad vinculadas a ella.

El concepto de seguridad medioambiental, en sus múltiples variantes, representa un paradigma alternativo para ordenar y para enfrentarse a ciertas amenazas en el mundo cada vez más interdependiente y con un medio ambiente cada vez más degradado de la post-Guerra Fría. Este artículo destaca algunos de los principales argumentos de los debates sobre seguridad medioambiental que se han desarrollado en el contexto norteamericano<sup>1</sup>.

Considerando que el debate académico es uno de los principales componentes de esta literatura, empezaremos por trazar la evolución del debate relativo a los vínculos entre presión medioambiental y conflicto violento. Éste incluye el debate sobre seguridad medioambiental, que, sin embargo, no debería considerarse como el único componente del paradigma que cuestionamos. La literatura sobre el medio ambiente como causa de conflictos intenta determinar si la presión medioambiental es causa de conflicto violento entre estados y, sobre todo, dentro de estados. Mediante modelos cuasi-experimentales y análisis causales basados en un caso único se ha intentado aislar la presión medioambiental como causa de conflicto agudo (Earthscan 1984; Westing 1986; Homer-Dixon 1991, 1994; Homer-Dixon et al. 1993; Molvaer 1991; Myers 1993; Saviano

\* Geoffrey D. Dabelko, Department of Government and Politics, Tydings Hall, University of Maryland, College Park, MD 20742, (301) 405-4168; (301) 513-5460, fax (301) 314-7619; email -v-gdabelko@bss.2.umd.edu-. Es estudiante de doctorado en el Department of Government and Politics de la Universidad de Maryland, College Park, y «Project Associate» para el Proyecto para el cambio y la seguridad medioambientales del Woodrow Wilson International Center for Scholars.  
\*\* David D. Dabelko, Department of Political Science, Lindley Hall, Ohio University, Athens, OH 45701, (614) 593-1338; fax (614) 593-0394, email -dabelko@ouvaxa.cats.ohio.edu-. Es profesor de Ciencia Política en la Universidad de Ohio, Athens. Una versión anterior de este artículo se expuso en la reunión anual de la International Studies Association en Acapulco, México, el 27 de marzo de 1993. Los autores agradecen a Ken Conca, Dennis Pirages, P. J. Simmons y a un crítico anónimo sus útiles comentarios.

<sup>1</sup> Véase Daniel Deudney y Richard Matthew (eds.) *Contested Ground: Security and Conflict in the New Environmental Politics* (New York: SUNY Press, 1995) para mayor información muchos de los autores y argumentos discutidos en este artículo.

1994). Esta literatura ha sido objeto de una atención considerable por parte de los decisores gubernamentales estadounidenses a nivel retórico e institucional, pero en este artículo no nos centraremos en ella.

En respuesta a esos intentos de académicos y políticos de vincular degradación medioambiental y conflicto, otros observadores han sostenido que el conflicto medioambiental potencial presenta variables de conflicto antecedentes e intervinientes de tipo social y político. Los esfuerzos por aislar las causas medioambientales de los conflictos pueden resultar, por lo tanto, poco eficaces para conceptualizar las complejas relaciones causales que están detrás de los conflictos (Lippschutz y Holdren 1991; Brock 1992). Los críticos citan también la falta de ejemplos de causas medioambientales de conflictos, en particular de conflictos interestatales (Deudney 1990, 1991, 1992).

Basándose en parte en los resultados de los debates sobre conflictos, algunos autores han identificado preocupaciones medioambientales dentro de marcos tanto competitivos como cooperativos y han argumentado a favor de añadir el medio ambiente a las dimensiones militares y económicas de la seguridad, como un tercer pilar (Ullman 1983; Westing 1986; MacNeil et al. 1991; Buzan 1991; Myers 1989; Porter 1992, 1993; Romm 1993). Una parte de la literatura considera que la seguridad medioambiental es un paradigma alternativo para ordenar y enfrentarse a las amenazas en un mundo interdependiente. Algunas concepciones redefinen la seguridad más allá de las concepciones militaristas y dan más importancia a los factores medioambientales y económicos en los conceptos de seguridad. Desde esta perspectiva, para hacer frente a los problemas interdependientes y transnacionales en torno a la obtención de seguridad (que podría considerarse como un juego de suma colectiva) se necesitan modelos de comportamiento cooperativos y no métodos conflictivos (Brown 1977; Mathews 1989; Mische 1989, 1992; Gleick 1989, 1991; Pirages 1991; Thomas 1992; Myers 1993).

Los intentos de redefinir la seguridad han dado lugar a numerosas respuestas que cuestionan la asignación de valores de seguridad al medio ambiente (Deudney 1990, 1991, 1992; Finger 1991; Dalby 1992, 1994; Deibert 1994).

Muchos de estos autores aconsejan no enfrentarse a problemas medioambientales con herramientas inadecuadas. Tanto la construcción teórica de la seguridad como los instrumentos prácticos para garantizar esa seguridad están demasiado identificados con la orientación estatista y militarista como para que puedan dar lugar a la cooperación necesaria para enfrentar los retos medioambientales transfronterizos. Esos autores advierten que considerar el medioambiente como una cuestión de seguridad tendría como consecuencia la militarización del movimiento medioambiental en lugar del efecto esperado de «verdear» la seguridad (Deudney 1991).

Tras revisar los principales temas, descubrimientos y críticas de esta literatura, evaluaremos el estatus actual de esta área de investigación e identificaremos las preguntas y los caminos que deben explorarse. Nos centraremos sobre todo en las perspectivas occidentales, en particular en las discusiones sobre seguridad medioambiental que han tenido lugar en América del Norte. Hay otros debates simultáneos sobre seguridad medioambiental, desarrollados especialmente en Europa y en Asia.<sup>2</sup> Esas literaturas paralelas han evolucionado dentro de tradiciones diferentes sobre seguridad y medio ambiente y a menudo se centran en niveles alternativos de análisis. Esas perspectivas se tendrán en cuenta ocasionalmente aquí, pero en gran medida quedarán fuera del ámbito de este artículo.

Esta discusión parte del supuesto de que el cambio medioambiental inducido básicamente por el ser humano representa unas amenazas significativas pero imprecisas para el ecosistema global. Algunos escépticos cuestionan la vin-

<sup>2</sup> Los trabajos de las literaturas europea y asiática incluyen, entre otros, los elaborados por las siguientes instituciones: Instituto Internacional de Investigación para la Paz (Oslo), Instituto Internacional de Investigación para la Paz (Estocolmo), Centro para la Investigación sobre Paz y Conflictos (Copenhague), Instituto Tampere de Investigación para la paz (Tampere), Departamento de Investigación sobre Paz y Conflictos (Uppsala), Fundación Suiza para la Paz (Zurich), Instituto para el Análisis Estratégico y de Defensa (Nueva Delhi), Instituto de Estudios Estratégicos e Internacionales (Kuala Lumpur) e Instituto de Estudios sobre la Paz (Manila). Véase también Myers (1993, 297-300) para un listado más comprehensivo de organizaciones interesadas por la seguridad medioambiental.

culación de los temas medioambientales y de seguridad negando o quitando importancia a la degradación medioambiental (Simon y Kahn 1984; Simon 1989; Brookes 1989; Lindzen 1990; Gray y Rivkin 1991). Sin embargo, aunque persiste un grado importante de incertidumbre científica en muchas áreas relacionadas con el cambio medioambiental, una masa crítica de opinión científica coincide en términos generales en que el cambio y la degradación del sistema global cerrado van en aumento. A partir de este supuesto nos centraremos principalmente en los argumentos que tienen que ver con el cambio medioambiental y la seguridad.

### CONCEPCIONES ACTUALES DE LA SEGURIDAD

La definición moderna de la seguridad está estrechamente vinculada a la defensa por parte del estado de sus intereses soberanos por medios militares. El término seguridad significaba, fundamentalmente, el intento de proteger una población y un territorio contra la fuerza organizada, persiguiendo al mismo tiempo intereses estatales a través de un comportamiento competitivo. El estado se consideraba la principal entidad garante de seguridad, y las teorías estatocéntricas dominaban los debates sobre las relaciones internacionales, especialmente desde la Segunda Guerra Mundial. En particular, la teoría realista, expuesta aquí de manera sucinta, ha gozado de una amplia aceptación entre los responsables de elaborar y explicar las decisiones en materia de seguridad.

La historia del comportamiento estatal ha sido en buena medida la historia de los intentos de aumentar la seguridad estatal. Según Hans Morgenthau en su importante obra *Politics Among Nations*, los estados emplean la «oposición directa» o unos «patrones de actuación competitivos» dentro de una estructura de equilibrio de poder para mantener, aumentar o demostrar su poder (*status quo*, imperialismo y prestigio). Como actor dominante en un sistema internacional anárquico, el estado monolítico persigue el poder e identifica las amenazas a sus intereses mediante decisiones racionales. Según el paradigma realista, los actores no estatales son significativos sólo en la

medida en que afectan las acciones de los estados. Las organizaciones internacionales se consideran simples herramientas adicionales con las que los estados persiguen y ejercen el poder (Morgenthau y Thompson 1985).

En el marco de este análisis estatocéntrico, las amenazas solían percibirse como amenazas militares y tradicionalmente eran contrarrestadas con la fuerza armada. Esta focalización restringida en las amenazas y las respuestas militares (de «alta política») hizo que otros factores tales como las transacciones económicas internacionales y el medio ambiente (de «baja política») se consideraran cuestiones secundarias para la seguridad de los estados. Durante la Guerra Fría, los supuestos de la teoría realista dominaron el terreno de la seguridad, estrechamente centrado en la confrontación Este-Oeste. Los intereses en materia de seguridad de todos los estados se filtraban a través del contexto de la división bipolar del poder.

Las crisis petrolíferas de los años setenta ilustraron con gran claridad la importancia de las cuestiones económicas y de las relativas a la escasez de recursos para la seguridad de los estados. En respuesta a las crisis petrolíferas y a un contexto más amplio de interdependencia, las teorías del neoliberalismo aunaron los elementos de poder e interdependencia para explicar mejor la naturaleza cambiante de las relaciones entre estados (Keohane y Nye 1977). Reconociendo el papel más influyente de los actores no estatales en el sistema internacional, las teorías reactivas del neorrealismo siguieron considerando la política internacional como la lucha por el poder dentro de la estructura anárquica del sistema internacional (Waltz 1979). Estos principios teóricos del neorrealismo atrajeron una especial atención cuando la invasión soviética a Afganistán de 1979 y el recrudecimiento de la Guerra Fría que siguió a la elección de Ronald Reagan.

Otra dinámica económica más reciente constituye un reto para las concepciones tradicionales de la seguridad. Sin la amenaza unificada de la Unión Soviética, las potencias occidentales se han centrado más en el comercio y en la competitividad económica. Esta competición Norte-Norte ha asumido una dimensión de seguridad y algunos la consideran el campo de batalla del siglo XXI (Pirages 1989; Turner 1991; Thurow 1992; Sandholtz et al. 1992).

Durante el mismo período temporal y hasta el día de hoy, cierto número de influyentes informes y conferencias internacionales han destacado las amenazas globales medioambientales. Junto a las numerosas catástrofes y descubrimientos medioambientales, esos informes han ayudado a crear una mayor «conciencia ecológica» (Brown 1989:521).<sup>3</sup> Es en este contexto que las cuestiones medioambientales han desafiado el dominio de la teoría neorrealista en los estudios sobre la seguridad. El concepto de seguridad medioambiental, en las múltiples variantes que más abajo se discuten, representa el resultado de los esfuerzos de convertir las preocupaciones medioambientales en temas tan prioritarios como lo fue tradicionalmente la seguridad.

## LA PRESIÓN MEDIOAMBIENTAL COMO CAUSA DE CONFLICTOS

Gran parte de la discusión en torno a la seguridad medioambiental ha incluido intentos de establecer o negar los vínculos causales entre cambio medioambiental y conflicto. Diversos autores han defendido esa vinculación a través de exámenes de estudios de caso, a menudo argumentando a favor de hacer del cambio medioambiental una cuestión prioritaria de la política internacional (Earthscan 1984; Timberlake y Tinker 1985; Gurr 1985; Westing 1986; Myers 1987; Molvaer 1991; Libiszewski 1992; Böge 1992; Gleick 1993; Kumar 1993; Saviano 1994).

En la vanguardia de estas tentativas, Thomas Homer-Dixon y sus colegas (1991, 1993, 1994) se han esforzado por identificar vínculos entre escasez medioambiental y conflicto agudo, sin llegar a formular una definición precisa de seguridad medioambiental.<sup>4</sup> Su proyecto plurianual estaba centrado en estudios de caso únicos y extensos en países en desarrollo considerados proclives a presentar conflictos medioambientales.

Al comienzo del proyecto, Homer-Dixon (1991) postuló una concepción inicial de los vínculos entre degradación medioambiental y conflicto definiéndolos como un *cambio medioambiental* que precipitaba un *cambio social*. Este *cambio social* sería luego una causa importante de *conflicto internacional*. El cambio medioambiental presentaba un antece-

dente posible pero no necesario del conflicto agudo.<sup>5</sup> Homer-Dixon extendió su teoría relacionando específicamente tipos individuales de cambio medioambiental con diferentes tipos de conflicto. Sin embargo, el vínculo entre cambio medioambiental y conflicto no se aisló de las variables intervinientes que mediaban en los resultados. Homer-Dixon (1991) citaba la etnicidad, la clase, las estructuras religiosas y la legitimidad del régimen como factores susceptibles de afectar esa relación causal.

Entre los resultados de sus investigaciones, Homer-Dixon (1993, 1994) encontró pruebas de que la escasez medioambiental constituía una causa subyacente, aunque poderosa, de conflicto intraestatal. Este conflicto «sub-nacional», «difuso» y «persistente» asumía la forma de choques étnicos debidos a desplazamientos de población provocados por causas medioambientales y de conflictos civiles basados en la escasez medioambiental que afectaba la productividad económica y por consiguiente el sustento, los intereses de las élites y la capacidad del estado de enfrentarse a esos retos (Homer-Dixon 1994, 39). Estos conflictos internos podían llevar a la fragmentación del estado o, inversamente, a un «endurecimiento» más autoritario del estado (Homer-Dixon 1994, 36). Pocos casos, sin embargo, apoyaban la hipótesis de que los recursos renovables constituyeran una fuente de conflicto interestatal. Homer-Dixon restó también importancia a la posibilidad de que cuestiones globales tales como el cambio de clima o la reducción de la capa de ozono pu-

<sup>3</sup> Véase Carson (1962), Meadows et al. (1972), Declaración de Estocolmo (1972), Barney (1980), Comisión Mundial sobre Medio Ambiente y Desarrollo (1987) e IPCC (1990), entre otros. Algunas de las catástrofes que tuvieron lugar fueron las de Chernobyl, Bhopal, Seveso, Prince William Sound y Sandoz.

<sup>4</sup> Homer-Dixon (1994a) define la escasez medioambiental a partir de tres elementos: reducción cuantitativa o cualitativa de recursos, crecimiento poblacional y distribución desigual de recursos. Homer-Dixon (1994a) también reconoce que la escasez se basa en parte en creencias subjetivas, en normas y en valores, no sólo en límites físicos absolutos. La población y la distribución de recursos no se incluyeron explícitamente en los modelos preliminares (Homer-Dixon 1991).

<sup>5</sup> Westing (1986, 204-10) identifica doce conflictos en el siglo XX en los que considera que intervinían claramente elementos relacionados con recursos.

dieran contribuir de manera significativa a los conflictos de las próximas décadas.

Algunos estudiosos de la seguridad militar extrajeron lecciones de la investigación sobre conflictos impulsados por causas medioambientales y pasaron a considerar que la presión medioambiental es una contingencia que debe ser reconocida como una amenaza suplementaria a la estabilidad del estado que se debe tener en cuenta en la planificación (Butts 1993, 1994; Constantine 1993b).<sup>6</sup> En la Estrategia de Seguridad Nacional de los estados Unidos de 1991 se mencionó formalmente al medio ambiente como un interés de seguridad nacional y en la de 1993 se desarrolló este aspecto (Butts 1994).<sup>7</sup> La seguridad medioambiental también ha sido institucionalizada con la creación de un Adjunto al Subsecretario para la Seguridad Medioambiental del Departamento de Defensa, con las actuales operaciones de la Environmental Task Force (ETF) de los servicios de inteligencia, y con la asignación de más de 420 millones de dólares para el Programa de Investigación Estratégica Medioambiental y de Desarrollo (Swords 1994).

Esta evolución en las políticas permite identificar diferentes metas bajo el estandarte de la seguridad medioambiental. La oficina del Adjunto al Subsecretario de Defensa se ha centrado en la limpieza y en el «verde» de las futuras actividades militares mediante su misión de cumplimiento, conservación, limpieza y prevención de la contaminación (Goodman 1993). Las discusiones de la ETF han intentado identificar procedimientos para «depurar» y desclasificar datos de los servicios de inteligencia recogidos con otros fines para que se los liberen para el estudio científico. Los analistas de los servicios de inteligencia de defensa

son aleccionados sobre la presión medioambiental como amenaza potencial a la estabilidad de los regímenes políticos. Finalmente, las fuerzas armadas y las agencias de inteligencia han participado en misiones de ayuda para aliviar el sufrimiento humano que es sintomático de las catástrofes medioambientales (Constantine 1993a).

Este artículo no presenta una discusión detallada de esos marcos institucionales emergentes y sus metas específicas, aunque sugerimos que esas dinámicas tendrán una importancia determinante para examinar cómo las literaturas académicas son consideradas y operacionalizadas por los decisores políticos. El recientemente fundado Proyecto sobre el Cambio Medioambiental y la Seguridad del Woodrow Wilson International Center for Scholars de Washington promete convertirse en un instrumento útil para seguir las actividades del gobierno de los estados Unidos realizadas bajo la rúbrica de la seguridad medioambiental.

## REDEFINIENDO LA SEGURIDAD

Los llamamientos explícitos a que se incluyan las preocupaciones medioambientales en las definiciones de seguridad tienen una larga historia. Se trata de un debate que se volvió particularmente intenso con el fin de la Guerra Fría y con la búsqueda resultante de un paradigma de seguridad orientativo (Brown 1977; Ullman 1983; Mathews 1983, Buzan 1991, Pirages 1991; Myers 1993). Las concepciones propuestas de la seguridad van desde las que consideran que la presión medioambiental es una amenaza adicional para el marco estatista conflictivo, hasta las que sitúan la amenaza medioambiental como elemento clave en la elaboración de modelos cooperativos de seguridad global. En los debates sobre presión medioambiental y conflicto violento discutidos antes intervienen defensores de muchas de esas concepciones. Sin embargo, es importante destacar que los debates sobre conflicto son sólo una parte y no el universo total de los debates más amplios sobre seguridad medioambiental. La literatura sobre cambio medioambiental y sobre redefinición de la seguridad escrita a partir de la perspectiva norteamericana ha alcanzado de por sí una extensión tal que

<sup>6</sup> Esta planificación militar está también presente en los cursos y conferencias sobre seguridad medioambiental que tienen lugar actualmente en la Defense Intelligence Agency y en el National War College. Estas instituciones concretas se especifican debido a la vinculación que con ellas tienen los autores.

<sup>7</sup> La Estrategia de Seguridad Nacional de 1991 afirma: «Debemos gestionar los recursos naturales de la tierra protegiendo el potencial de crecimiento y las oportunidades de las generaciones presentes y futuras (...) Los intereses medioambientales globales no reconocen ninguna frontera internacional. La presión de esos retos medioambientales ya está contribuyendo al conflicto político». (NSS 1991).

en nuestra descripción del debate únicamente podemos destacar ciertas contribuciones selectas al mismo.

Richard Ullman (1983) argumentó a favor de redefinir la seguridad de modo que incluyera otras amenazas además de las inmediatamente militares. Centrarse exclusivamente en amenazas militares conlleva el alto coste de oportunidad de ignorar peligros potencialmente más amenazadores. Ullman reconoció que incorporar amenazas no militares al concepto de seguridad nacional constituye un reto intelectual. Sostuvo, empero, que cuestiones tales como el crecimiento demográfico en las naciones en desarrollo, la consiguiente competencia por el control de recursos y las migraciones transfronterizas pueden producir graves conflictos. Según Ullman, la disminución de recursos, especialmente combustibles fósiles, será una fuente probable de conflictos futuros y redefinió el concepto de amenaza a la seguridad nacional como una

acción o secuencia de eventos que (1) amenaza drásticamente y en un lapso de tiempo relativamente breve con degradar la calidad de vida de los habitantes de un estado, o (2) amenaza significativamente con reducir el abanico de opciones políticas disponibles para el gobierno de un estado o de entidades privadas, no gubernamentales (personas, grupos, empresas) dentro del estado. (1983,33)

La adición de amenazas no militares a la definición de seguridad nacional tiene raíces en las crisis petrolíferas económicas y en los argumentos sobre los límites del crecimiento de principios de la década de los setenta (Meadows et al. 1972). Tanto la inestabilidad interna como el conflicto internacional eran los resultados posibles de situaciones previstas de escasez de recursos. Cierta número de estudios constituyen la base de los intentos de formular una teoría del conflicto basada en la escasez de los recursos (Gurr 1985; Timberlake y Tinker 1985; Westing 1986; Gleick 1993). Las cuestiones de la alimentación, el agua y el petróleo son ejemplos de que la escasez puede desempeñar un importante papel en la precipitación del conflicto. Los mecanismos tradicionales del mercado han demostrado ser inadecuados para aliviar con eficacia las presiones causadas por esa falta

de recursos. Esa literatura centrada en la escasez de recursos no emplea necesariamente el término seguridad medioambiental, pero proporciona pruebas a favor de la introducción del elemento de amenazas no militares en la moderna concepción de la seguridad.

Pese a las significativas pruebas circunstanciales de que se dispone, los argumentos a favor de considerar la escasez de los recursos como un factor que contribuye al conflicto interestatal han enfrentado ciertas resistencias. La obra de Lipschutz y Holdren (1990) cuestionó el papel que los recursos no renovables tales como el petróleo y el mineral desempeñan en la precipitación del conflicto interestatal. Concluyeron que, más que los recursos naturales, eran las interrupciones en los servicios medioambientales tales como la limpieza de agua o del aire los factores más susceptibles de contribuir al conflicto.

### MÁS ALLÁ DE LAS CONCEPCIONES DE SEGURIDAD ESTRICTAMENTE ESTADÍSTICAS

Más allá de los debates sobre la escasez de recursos, cierto número de observadores ha hecho un llamamiento a favor de una definición más holística de la seguridad que supere los modelos competitivos del comportamiento estatal (Mathews 1989; Mische 1989, 1991; Renner 1989; Prins 1990; Myers 1993). Los partidarios de esas concepciones han insistido a menudo en la importancia de formular niveles de análisis por encima y por debajo del nivel del estado. Myers (1993, 31) enunció una de esas perspectivas afirmando que:

Básicamente (...) la seguridad se aplica más bien a nivel del ciudadano. Equivale al bienestar humano: no sólo a la protección de daños y heridas sino al acceso al agua, alimento, abrigo, salud, empleo y otros requisitos básicos a los que toda persona sobre la tierra tiene derecho. El conjunto de esas necesidades ciudadanas —más que la seguridad y la calidad de vida— es lo que debería figurar primordialmente en la concepción de seguridad de la nación.

Mathews (1989) ha argumentado explícitamente a favor de redefinir la seguridad en términos más amplios que incluyan el examen de las variables medioambientales. La degradación medioambiental suele afectar negativamente el potencial económico y el bienestar humano, lo que a su vez contribuye a alimentar tensiones políticas y conflictos. Esas dinámicas, dentro y entre estados con conflictividad interna, a menudo tienen consecuencias que se extienden más allá de las fronteras territoriales. Según una perspectiva más abarcadora, Mathews centró gran parte de sus consideraciones sobre la seguridad medioambiental en temas globales tales como la reducción del ozono en la estratosfera, el efecto invernadero y la deforestación, incluyendo al mismo tiempo la importancia de la escasez de recursos y de la degradación regional.

En este tema de la globalización hay que distinguir entre los esfuerzos más holísticos de redefinir la seguridad y las concepciones previas que siguen haciendo hincapié en el comportamiento competitivo de los estados. La naturaleza transfronteriza de los problemas medioambientales globales sugiere que la cooperación y no la competición entre estados representa la mejor estrategia para enfrentarse con eficacia a esos retos. Mathews (1989, 162) mantuvo que «las presiones medioambientales que trascienden las fronteras nacionales ya están empezando a romper los límites sagrados de la soberanía nacional». Desde esta perspectiva, las organizaciones no gubernamentales e intergubernamentales han surgido como actores clave que a menudo usan la cooperación para enfrentarse a esos problemas medioambientales globales (Thomas 1992; Haas 1989; Lipschutz 1992b). Con su énfasis en la cooperación más que en la competición para alcanzar seguridad, esos argumentos a favor de la redefinición se centran más en concepciones de seguridad «globales» o «comunes» y menos en concepciones nacionales.

## SEGURIDAD ECOLÓGICA

Desde una perspectiva todavía más inclusiva, aún hay otros estudiosos que consideran que la competición del ser humano con la naturaleza es el componente más relevante de la seguridad ecológica del siglo XXI (Pirages 1989, 1991). Los

oponentes más habituales a esa competición son, entre otros, los micro-organismos causantes de enfermedades, responsables de unas tasas anuales de mortalidad mucho más altas que las debidas a las guerras. Los avances tecnológicos como la ingeniería genética prometen expandir los límites de la evolución social más allá del proceso de selección natural. En este tipo de batalla los límites territoriales pierden significado.

Semejante concepción inclusiva de la seguridad ecológica presenta una interesante paradoja: la de que aún persiste un elemento poderosamente competitivo. En este caso la competición es entre el *Homo sapiens* y otras especies. Al mismo tiempo, el comportamiento humano y la modificación de los valores, el impulso a la cooperación y a la concienciación medioambiental son las únicas esperanzas de poder hacer frente a esos problemas. Las acciones humanas están llevando a la rápida extinción de las especies, a la proliferación y a la mutación de agentes causantes de enfermedades y a la degradación de ecosistemas, lo que a su vez supone una amenaza para el bienestar humano. La superpoblación está empujando a los humanos hacia regiones hasta ahora relativamente poco pobladas en las que entran en contacto con micro-organismos que pueden ser «liberados» por la red de transportes global. Por lo tanto, existe un peligro real de que los humanos pasen a depender exclusivamente de la innovación tecnológica para combatir y superar un medio cada vez más hostil que es su propia obra. Esta misma innovación tecnológica a menudo contribuye a la degradación medioambiental que intenta superar.

## ARGUMENTOS CONTRA LA REDEFINICIÓN DE LA SEGURIDAD Y LA VINCULACIÓN ENTRE MEDIO AMBIENTE Y CONFLICTO

Los argumentos contra la redefinición de la seguridad y / o la aceptación de la presión medioambiental como causa de conflicto divergen sustancialmente en términos de las fuentes de las críticas y de las propias críticas. Como podría esperarse, algunos observadores han argumentado a favor de mantener la definición restringida de la seguridad centrada en las amenazas militares (Dunlap 1992-93). Otros se resis-

ten a aceptar una redefinición de la seguridad que incluya consideraciones medioambientales pero al mismo tiempo se declaran favorables a que se identifique la degradación medioambiental como un motivo de preocupación importante (Deudney 1990, 1991; Dalby 1992, 1994; Bruyninckx 1993, Conca 1994; Deibert 1994). Deudney, en especial, cuestiona los vínculos causales entre cambio medioambiental y conflicto interestatal, negando por lo tanto la utilidad de las respuestas tradicionales en materia de seguridad para hacer frente a los acuciantes problemas medioambientales.

### **Mantengamos una definición de la seguridad basada en lo militar**

Pese al cambio radical de las circunstancias geopolíticas tras el fin de la Guerra Fría, el desorden del «nuevo orden mundial» sigue presentando una multitud de amenazas que requieren respuestas militares. Según esta línea de razonamiento, aumentar el alcance de la definición de seguridad restringe la capacidad de llevar a cabo misiones tradicionales para hacer frente a amenazas explícitamente militares (Huntington 1957; Dunlap 1992-93). Por ejemplo, algunos observadores se han opuesto al aumento del papel de los militares en las misiones humanitarias, afirmando que las fuerzas armadas no están entrenadas para llevar a cabo esas obligaciones. Se considera que los costes de oportunidad que suponen esas responsabilidades adicionales actúan en detrimento de la que se percibe como la misión primordial de los militares: hacer la guerra. La misma lógica se aplica al enfrentamiento a las amenazas medioambientales. La base conflictual de la seguridad nacional hace que los instrumentos diseñados para salvaguardar el estado resulten inapropiados para enfrentarse a los muchos problemas medioambientales que ignoran las fronteras nacionales y que por lo tanto requieren enfoques cooperativos.

### **La seguridad medioambiental utiliza instituciones poco adecuada**

Un segundo argumento contra la vinculación de la degradación medioambiental y la seguridad nacional está basado en

las diferencias percibidas entre seguridad nacional y amenazas medioambientales y cuestiona la idea de que la degradación medioambiental conduzca a conflictos interestatales violentos. Daniel Deudney (1990, 461) argumenta contra esa vinculación basándose en tres ideas:

Primero, es analíticamente erróneo pensar en la degradación medioambiental como en una amenaza a la seguridad nacional, porque el foco tradicional en la seguridad nacional —violencia interestatal— tiene poco en común tanto con los problemas medioambientales como con sus soluciones. Segundo, el intento de controlar el poder emotivo del nacionalismo para ayudar a desarrollar la conciencia y la acción medioambiental puede demostrarse contraproducente, al socavar la sensibilidad política globalista. Y tercero, no es muy factible que la degradación medioambiental sea la causa de guerras interestatales.

Deudney se centra en la naturaleza conflictiva de las amenazas a la seguridad nacional y de las respuestas de los estados a esas amenazas. Los intentos de fortalecer la seguridad nacional se acompañan de altos niveles de secretismo y de competición. Por lo tanto, las capacidades de la conflictiva y secretista estructura de seguridad no casan con las respuestas cooperativas y transparentes consideradas como las más apropiadas para enfrentarse a las amenazas medioambientales (Finger 1991; Prins 1990).

Además, Finger (1991) y Pirages (1991) identifican las actividades militares y el paradigma de seguridad conflictual como causas importantes de degradación medioambiental. Debido al efecto perjudicial de la operaciones militares y la guerra, Finger sostiene que los instrumentos tangibles y teóricos de la seguridad no deberían desempeñar ningún papel en el enfrentamiento a los problemas medioambientales. En lugar de ello, lo militar debería considerarse como parte del problema, no como parte de la solución.

Para Deudney (1990, 469), la creciente conciencia pública sobre los problemas medioambientales representa una «rica y emergente concepción mundial» que no debería utilizar la teoría de la seguridad nacional para cumplir con sus



valiosas metas. En lugar de ello, esta «sensibilidad verde tiene buenas razones para considerarse la metáfora principal de una emergente civilización post-industrial» (Deudney 1990, 469).

### **La seguridad medioambiental es una etiqueta inapropiada**

Otra crítica a la seguridad medioambiental parte de la oposición a agrupar los intereses de seguridad nacional y los problemas medioambientales bajo el título común de «amenazas». Según esta línea argumental, las amenazas a la seguridad militar y las amenazas medioambientales son básicamente diferentes. Ambas matan gente, pero agrupar fenómenos como la enfermedad y los desastres naturales bajo el término seguridad (como hace Ullman [1983] y Wijkman y Timberlake [1988]) resulta confuso a nivel conceptual (Deudney, 1991). Añadiendo amenazas y difuminando tanto los límites del concepto de seguridad, el término pierde significado (Le Prestre 1993).

De manera similar, Bruyninckx (1993) considera de poca utilidad el término de seguridad medioambiental porque aún no se ha establecido y aceptado una única definición operativa del mismo. Como se subrayó antes, las concepciones sobre la seguridad medioambiental van desde las que se ocupan del impacto medioambiental negativo de las operaciones militares a las que elaboran un marco para el desarrollo sostenible. Por lo tanto, definir el término con tanta amplitud como para abarcar semejante variedad de problemas, o tan abstractamente como para que su significado resulte poco claro socava gravemente el valor de este «concepto paraguas».

### **La seguridad medioambiental es una táctica burocrática**

Aún hay otros autores que sostienen que los verdaderos motivos para tratar de redefinir la seguridad en términos medioambientales residen en el ámbito de los intereses burocráticos parroquiales. Para algunos medioambientalistas, la seguridad medioambiental representa la posibilidad de arrancar recursos a los presupuestos militares para la protección

medioambiental. La receptividad de las estructuras de seguridad tradicionales (Departamento de Defensa, Departamento de Energía, servicios de inteligencia) a las nuevas misiones verdes representa, para algunos, un esfuerzo clásico de política burocrática para mantener unos gastos presupuestarios comparables para el aparato de seguridad (Finger 1991; Le Prestre 1993). Con esas motivaciones en su base, la seguridad medioambiental corre el riesgo de perder toda relevancia desde el punto de vista de la problemática medioambiental.

Sin tener en cuenta las motivaciones que puedan intervenir, Conca (1994) advierte que debe distinguirse entre el apoyo retórico a la seguridad medioambiental, los cambios institucionales que reflejen el cambio de prioridades y la aceptación de los valores relativos a concepciones básicamente nuevas de la seguridad. Los cambios retóricos suelen ser más fáciles de realizarse que los cambios en los otros dos aspectos y no llevan necesariamente a transformaciones correspondientes en las otras dos áreas.

La reciente historia de los estados Unidos indica que el término «seguridad nacional» ha sido a menudo un concepto honorífico. Las etiquetas de seguridad han sido efectivas para movilizar recursos para programas que no suelen incluirse bajo la rúbrica de seguridad nacional. Pese a mostrarse crítico hacia esa táctica, Simon Dalby (1992, 4) reconoce que «la seguridad es un término muy útil, en parte porque tiene resonancias en los deseos muy extendidos de las personas de no ser amenazadas». Como la seguridad toca cuestiones fundamentales de supervivencia, el término ha sido empleado a menudo para crear un sentimiento de crisis y para generar la subsiguiente voluntad de sacrificio necesaria para enfrentarse a todos los retos importantes. El presidente Dwight Eisenhower, por ejemplo, justificó el sistema de autopistas interestatales como crucial para la defensa nacional. El Congreso aprobó fondos para educación bajo la forma de National Defense Education Act de 1958. Esta táctica tiene ciertos inconvenientes potenciales. Para la seguridad medioambiental, la temida pérdida de interés sobrevendría si la lucha para aumentar la conciencia medioambiental se atara demasiado estrechamente a los altibajos de la opinión popular y de la atención gubernamental.

### La presión medioambiental no es una causa probable de guerra interestatal

Un argumento final de quienes se muestran contrarios a vincular medioambiente y seguridad surge de las dudas acerca de las probabilidades de que los problemas medioambientales puedan causar guerras interestatales. El foco casi exclusivo en los países en desarrollo de la investigación sobre conflictos medioambientales implica que la selección de casos que se ha hecho es sesgada. Homer-Dixon (1994) reconoce que se han seleccionado adrede los casos considerados susceptibles de demostrar la existencia de vinculación. Pero otros autores sostienen que incluso en los ejemplos de conflictos basados en cuestiones medioambientales, la relación entre escasez medioambiental y conflicto es espúrea. Las variables políticas y económicas antecedentes representan, para esos observadores, las condiciones necesarias y suficientes que son verdaderamente responsables de los conflictos (Lipschutz y Holdren 1990; Brock 1992).

Deudney (1990), un destacado portavoz de esta posición, reconoce la existencia de ciertos vínculos entre medioambiente y guerra, por ejemplo en los casos de degradación medioambiental causados por la preparación de la guerra y por la propia guerra. Sin embargo, argumenta que un sistema de comercio internacional dinámico e interdependiente, junto a sustitutos tecnológicos, alivia el conflicto agudo surgido de escasez de recursos. Además, la declinante utilidad de la fuerza militar para asegurarse recursos naturales y para resolver confrontaciones sobre degradación medioambiental hace mucho menos probable el surgimiento de esos conflictos. Por lo tanto, quienes abogan a favor de tratar la degradación medioambiental como una amenaza a la seguridad asignan unos niveles exagerados de plausibilidad a las fuentes posibles de esos conflictos (lucha interna, contaminación transfronteriza).

Por lo tanto, este grupo de escépticos suele concluir que el pensamiento sobre seguridad nacional no es apropiado para lo que se considera como el esfuerzo necesario y crucial de enfrentarse a la degradación medioambiental (Deudney 1990, 1991, 1992; Finger 1991; Dalby 1992; Conca 1994). La naturaleza conflictiva y competitiva del nacionalismo y del

militarismo tan frecuentemente asociada con comportamientos estatales agresivos no proporciona la respuesta a los retos medioambientales. Los meros apoyos retóricos a la seguridad medioambiental no se traducen necesariamente en transferencias de recursos, cambios en las misiones institucionales y en una creencia subyacente en las respuestas cooperativas. Deudney, en especial, agrega que la vinculación sigue siendo problemática en base al argumento auxiliar de que no es probable que la degradación medioambiental sea causa de conflictos interestatales. Esta falta de conexión causal, por lo tanto, hace que la clasificación de la degradación medioambiental como una cuestión tradicional de la seguridad resulte inadecuada.

### DIFERENTES MEDIOS PARA FINES COMPARTIDOS

La cuestión fundamental en los debates entre quienes desean redefinir la seguridad para incorporar cuestiones medioambientales y muchos de los que se muestran escépticos ante esos esfuerzos es fundamentalmente una cuestión de medios para alcanzar determinados objetivos medioambientales. La mayor parte de los autores citados aquí comparten ciertas preocupaciones básicas sobre la importancia del cambio medioambiental. Las discrepancias fundamentales en estos debates tienen que ver más con los medios para alcanzar fines comunes y con la prioridad que tienen esos fines que con los propios fines. De hecho, la mayor parte de los escépticos comparten muchas metas finales con quienes argumentan a favor de una redefinición de la seguridad o de que se reconozca que existe una amenaza medioambiental a la seguridad.

Pero ¿cuál es la mejor manera de alcanzar un futuro seguro y sostenible? ¿Debería conseguirse primero que la importancia de los problemas medioambientales fuera ampliamente reconocida para imponer más tarde las nuevas concepciones de la seguridad? Desde esta perspectiva, una concepción compartida de medioambientalismo global podría llevar a la redefinición de las amenazas en términos diferentes a las de los modelos conflictuales basados en el estado.

Esa definición sería, por lo tanto, básicamente diferente de las tradicionales definiciones de la seguridad. ¿O, junto a los esfuerzos por ampliar la conciencia frente a los problemas medioambientales, el campo de la seguridad debería reconfigurarse progresivamente para incluir amenazas planteadas por la degradación medioambiental? Esta redefinición podría retroalimentar una mayor conciencia medioambiental y avanzar hacia la meta compartida de medioambientalismo global. Esas preguntas presuponen que otras cuestiones muy relevantes puedan tratarse satisfactoriamente. ¿Puede un concepto como el de la seguridad transformarse fundamentalmente? ¿Por quién? ¿Con qué propósitos? ¿Qué riesgos se asumen al intentarlo?

La literatura sobre la presión medioambiental como causa precipitante de conflicto violento debería ser considerada como un subconjunto de la que se ocupa de los debates sobre la seguridad medioambiental y de las discusiones aún más amplias sobre la redefinición de la seguridad. Los respectivos debates se están desarrollando simultáneamente, pero mezclar las dos líneas de investigación no clarifica las cuestiones y de hecho puede hacer depender innecesariamente el desarrollo de un campo del otro. No todas las cuestiones sobre la degradación medioambiental deberían forzarse para hacerlas encajar en la matriz de seguridad y conflicto. En lugar de ello, la concepción de seguridad debe cambiarse para reflejar las nuevas amenazas de la degradación medioambiental.

Por otra parte, el que la mayor parte de los decisores y estudiosos no hayan aceptado la concepción más amplia de seguridad común no es una razón suficiente para desestimarla. Ni tampoco debería rechazarse incondicionalmente el término seguridad sólo porque se lo ha asociado durante mucho tiempo con connotaciones conflictivas negativas. Schrijver (1989, 115) señala que «la seguridad medioambiental o ecológica es un concepto en evolución; por lo tanto, aún no existe una definición establecida del mismo». El hecho de que esta evolución no haya llegado a un fin aceptado no es una razón suficiente como para descartar completamente la utilidad de las concepciones emergentes.

Bajo este supuesto, las distinciones de Conca (1994)

entre «redefinición», «renegociación» y «conversión» de un concepto representan una valiosa herramienta para analizar las acciones políticas realizadas bajo la rúbrica de seguridad medioambiental. Su continuum va desde las atribuciones retóricas de un nuevo significado a un concepto a la «transformación fundamental» de las instituciones implicadas. Este elemento de cautela debe tenerse en mente cuando los académicos intentan entender cómo son interpretados y empleados sus escritos por parte de actores gubernamentales y no gubernamentales de las comunidades que se ocupan de la seguridad y el medio ambiente.

## CUESTIONES FUNDAMENTALES Y AGENDA DE INVESTIGACIÓN

Muchas cuestiones permanecen sin resolverse en la literatura sobre medio ambiente y seguridad. ¿Es necesario un concepto de seguridad medioambiental que vincule degradación medioambiental o escasez de recursos con conflicto agudo? A la inversa, ¿puede construirse una teoría del conflicto que incluya la presión medioambiental como una variable precipitante sin un concepto de seguridad medioambiental? Las cuestiones en torno a esas dos diferentes cuestiones a menudo se confunden en detrimento de ambas. Aunque están claramente relacionadas, la separación entre ellas es particularmente importante cuando se consideran los vínculos entre presión medioambiental y conflicto como prerrequisito para la redefinición de la seguridad. Un paso inicial para clarificar la relación sería explorar la distinción entre conflicto como acontecimiento objetivo y seguridad como meta política subjetiva. Semejante ejercicio sería un comienzo útil para responder a esas preguntas. En cierto modo, esta empresa ya ha empezado, pero no de manera consciente. Como punto de partida, Homer-Dixon (1991) estableció varias distinciones entre tipos potenciales de conflicto asociados a cambios medioambientales. Estos tipos de conflicto, a su vez, pueden o no relacionarse con metas de seguridad tal como suelen concebirse éstas.

Más allá de la tarea necesaria de clarificación conceptual, queda mucho trabajo adicional. Pese a las pruebas

circunstanciales existentes, ha resultado muy difícil establecer orígenes medioambientales precisos en conflictos interestatales. En un trabajo más reciente (1993), Homer-Dixon, Bourwell y Rathjens reconocen que en ninguna teoría bien desarrollada de conflicto internacional el medio ambiente es algo más que una variable, si bien es una importante variable subyacente.

Al mismo tiempo, la pruebas que permiten vincular la presión medioambiental con el conflicto interno son decisivas (Homer-Dixon 1994). Estos hallazgos adquieren una particular significación para quienes se interesan por el concepto de seguridad medioambiental. La poderosa conexión entre presión medioambiental y conflicto intraestatal hace que el intento de redefinir la seguridad más allá del nivel estatal de análisis y de las teorías realistas resulte crucial.

Bajo los supuestos realistas tradicionales los conflictos internos no han recibido gran atención desde la perspectiva de la seguridad. Las contribuciones de organizaciones no gubernamentales, actores cada vez más influyentes en la configuración de las políticas y la conciencia medioambientales, también son menospreciadas por el realismo (Thomas 1992; Deudney 1990). «El realismo induce a los estudiosos a apretujar las cuestiones medioambientales en una estructura de conceptos que incluye «estado», «soberanía», «territorio», «intereses nacionales» y «equilibrio de poder» (Homer-Dixon 1991, 85), pero la degradación medioambiental produce una complejidad que es insuficientemente explicada por las teorías de los actores estatales racionalmente unitarios. Esta carencia teórica se exagera con las cuestiones relativas a la capacidad estatal. El estado es cada vez más «incapaz» de proteger a sus ciudadanos de las amenazas a las que no es posible enfrentarse mediante la fuerza organizada (Prins 1990; Comisión Mundial 1987).

Dado que los intentos de redefinir la seguridad llevan a considerar que el estado-nación no es el único actor significativo del sistema internacional, la distinción entre conflicto interestatal e intraestatal debería seguir cuestionándose. Por ejemplo, las migraciones impulsadas por causas medioambientales suelen ignorar las fronteras y suponen una fuente de tensiones dentro y entre estados (El-Hinnawi 1985; Jacobson 1988; Myers 1993; Suhrke 1993; Homer-Dixon

1994). Los esfuerzos hondureños para cortar el flujo de salvadoreños que cruzaban la frontera común en busca de tierra cultivable contribuyeron a precipitar la «Guerra del Fútbol» en 1969 (Durham 1979; Myers 1989). Los habitantes de Bangladesh que huían del hacinamiento y la hambruna se trasladaron a los estados indios, menos poblados, de Assam y Tripura, donde fueron recibidos con violencia tanto organizada como espontánea. Las migraciones y la violencia resultante constituyeron la fuente de importantes tensiones entre los dos estados (Hassan 1991). La importante erosión del suelo y la casi completa deforestación en Haití han privado a una buena parte de la población de medios de subsistencia (Comisión Mundial 1987; Mathews 1989); Myers 1993). Esta catastrófica degradación medioambiental contribuyó a las penurias económicas y políticas que llevaron a miles de personas a intentar el peligroso viaje en barco hacia los estados Unidos. Esta migración contribuyó a crear tensiones entre los dos estados y entre administraciones internas de ambos países que finalmente resultaron en la intervención militar estadounidense de septiembre de 1994.

Esta selección de ejemplos sugiere que la naturaleza y los efectos de la degradación medioambiental suelen dificultar la distinción entre amenazas internas y externas al bienestar humano y al estado. Así, pues, la tradicional distinción inflexible entre conflicto interno y externo presente en la literatura realista representa una dicotomía falsa. El análisis de la redefinición de la seguridad sugeriría que, al formular las teorías sobre conflictos, el conflicto interno/externo debería tratarse más como continuum que como dicotomía.

Estos fenómenos transfronterizos cuestionan la primacía del estado soberano como actor en la salvaguardia de territorio, poblaciones e intereses. Los riesgos medioambientales o la escasez de recursos originados en exclusiva dentro de un sólo país pueden afectar crucialmente a los estados vecinos. La lluvia ácida y la salinización del agua representan dos ejemplos clásicos de este tipo de problemas regionales. Deben reconocerse los méritos de las instituciones internacionales y las organizaciones no gubernamentales no sólo por hacer de esas cuestiones objeto de debate; su *modus operandi* cooperativo y no conflictivo es clave para enfrentar las amenazas medioambientales transfronterizas.

A un nivel más amplio, los fenómenos medioambientales globales afectan a todos los estados en diversos grados. A menudo los estados primordialmente responsables de los problemas no son los causantes de la mayor parte de los daños. La subida del nivel del mar resultante del calentamiento global supondrá costes mucho más altos y más difíciles de asumir para los países en desarrollo poco contaminantes que para los países desarrollados que son actualmente los principales causantes de los gases que producen el efecto invernadero.

Es probable que estos problemas globales medioambientales creen una nueva dinámica de poder entre países desarrollados y países en desarrollo. Como parte de sus esfuerzos para industrializarse, es probable que los países del Sur quemem grandes cantidades de combustible fósil. El potencial para liberar grandes cantidades de dióxido de carbono, el gas que produce el efecto invernadero, da a los países en desarrollo una importante baza negociadora en sus peticiones de tecnología y transferencias de recursos desde el mundo desarrollado a cambio de su participación, que es básica, en los acuerdos medioambientales internacionales (MacNeill et al. 1991). Esta dinámica de poder no se explica adecuadamente a partir de los principios del realismo y representa otro ejemplo de cómo las cuestiones clave medioambientales son descuidadas por las teorías estatistas.

Estos desafíos al sistema de estados refuerzan la necesidad de progresar en la redefinición básica de la seguridad. Este esfuerzo, en muchos aspectos, va más allá de los intentos, deliberadamente limitados, de establecer vínculos entre presión medioambiental y conflicto. Si la presión medioambiental se considerara exclusivamente como una amenaza a la estabilidad porque contribuye al conflicto vio-

lento, entonces las lecciones extraídas de la investigación empírica sobre conflictos se mantendría básicamente dentro de la concepción estatal de seguridad conflictiva.<sup>8</sup> Los medios para enfrentarse a esta «amenaza» suplementaria a la estabilidad, el *síntoma* de presión medioambiental, seguirán siendo los de la fuerza militar organizada por las instituciones de seguridad tradicionales. Esta interpretación de la vinculación entre presión medioambiental y conflicto agudo adscribirá, muy probablemente, menos atención y prioridades a las *causas* básicas de la presión medioambiental. Esa interpretación representaría sólo un paso intermedio y parcial en el camino hacia una concepción más amplia de la seguridad.

Esta distinción no pretende disminuir el valor de los intentos de demostrar la existencia de vínculos entre degradación medioambiental y conflicto. El propio proceso de intentar demostrar la existencia de esos vínculos puede tener efectos de retroalimentación positiva que incrementen la conciencia global hacia los temas relacionados con el medio ambiente. Si los vínculos se establecen de manera satisfactoria, el reconocimiento de la presión medioambiental como causa de conflictos representaría una prueba adicional de la necesidad de redefinir la seguridad y de enfrentarse a los problemas medioambientales.

Por la misma razón, redefinir la seguridad en términos de cuestiones medioambientales lleva a que un mayor número de investigaciones se centren en las relaciones entre escasez medioambiental y conflicto agudo. Pero debe destacarse que las críticas que consideran que la degradación medioambiental es una cuestión de seguridad suelen centrarse en la seguridad *nacional* más que en la seguridad en sentido más general. Mientras que la seguridad nacional y la seguridad se usan a menudo como términos intercambiables, el foco más restringido en la seguridad nacional fortalece la crítica. La seguridad nacional, con sus estrategias para enfrentarse a las inevitables luchas estatales de poder descritas por las teorías realistas, presenta una meta más sencilla que las concepciones de seguridad que no están tan centradas en el estado. Las formulaciones globales de seguridad común basadas en modelos de cooperación evitan algunos de los escollos asociados con las estrategias estatales compe-

<sup>8</sup> No estamos sugiriendo que los investigadores que exploran los vínculos entre presión medioambiental y conflicto se adhieran necesariamente a esta interpretación. Sin embargo, las conclusiones de quienes leen sobre estos hallazgos no son, por definición, las mismas que las de sus autores. La identificación de las maneras en que la comunidad de decisores políticos interpreta y utiliza esas significativas contribuciones académicas es un terreno fértil para una importante investigación futura.

titivas (Mathews 1989, 1991). Este foco en la seguridad nacional que excluye concepciones más amplias descarta, en efecto, la posibilidad de que el término seguridad pueda redefinirse sustancialmente.

A pesar de, y quizás debido a, la falta de consenso entre estudiosos y decisores políticos sobre la definición de la seguridad medioambiental, es probable que sigan teniendo lugar discusiones en torno a sus muchas acepciones. La variedad de definiciones y de enfoques no debería representar un motivo de preocupación en esta etapa temprana de investigación. Esta diversidad, de hecho, debería generar una literatura más desarrollada y valiosa. Esta revisión ha señalado algunas de las direcciones que deberán tomar los futuros estudios y esperamos que esta nueva revista, *Environment & Security*, haga contribuciones significativas que permitan el progreso de esas líneas de investigación.

### BIBLIOGRAFÍA

- BARNEY, Gerald O., 1980, *The Global 2000 Report to the President*. Council on Environmental Quality and Department of State. Washington: U.S. Government Printing Office.
- BOGE, Volker, 1992, «Proposal for an Analytical Framework to Grasp 'Environmental Conflict'», *Occasional Paper* no. 1, Proyecto sobre Medio Ambiente y Conflictos. Berna y Zurich: Fundación Suiza para la Paz / Centro para los Estudios de Seguridad e Investigación de Conflictos.
- BROCK, Lothar, 1992, «Security Through Defending the Environment: An Illusion?», en Elise Boulding (ed.) *New Agendas for Peace Research: Conflict and Security Reexamined*, Boulder, Colorado: Lynne Rienner, pp. 79-102.
- BROOKES, Warren T., 1989, «The Global Warming Panic: A Classical Case of Overreaction», *Forbes* (25 de diciembre), pp. 96-102.
- BROWN, Lester, 1977, «Redefining Security», *WorldWatch Paper* No. 14, Washington: WorldWatch Institute.
- BROWN, Neville, 1989, «Climate, ecology and international security», *Survival*, vol. 31, no. 6 (noviembre/diciembre), pp. 519-32.
- BRUYNINCKX, Hans, 1993, «Environmental Security: An Analysis of the Conceptual Problems Defining the Relationship Between Environment and Security», comunicación presentada ante la 34a. convención anual de la International Studies Association, Acapulco, México (marzo 23-27).
- BUTTS, Kent Hughes, 1993, *Environmental Security, What is DOD's Role?*, Carlisle, Pa: Strategic Studies Institute, U.S. Army War College.
- 1994, «Why the Military is Good for the Environment», en Jyrki Käkönen (ed.), *Green Security or Militarized Environment*, Brookfield: Dartmouth, pp. 83-110.
- BUZAN, Barry, 1991, *People, States and Fear*, 2a. ed. Boulder, Colorado: Lynne Rienner.
- CARLSON, Rachel, 1962, *Silent Spring*, Boston: Houghton Mifflin.
- CONCA, Ken, 1993, «Environmental Change and the Deep Structure of World Politics», en Ronnie D. Lipschutz y Ken Conca (eds.), *The State and Social Power in Global Environmental Politics*, Nueva York: Columbia University Press, pp. 306-26.
- 1994, «In the Name of Sustainability: Peace Studies and Environmental Discourse», *Peace and Change* no. 19, vol. 2, pp. 91-113.
- CONSTANTINE, G. Theodore, 1993a, *Contingency Support Study, Environmental Defense Intelligence for National Disasters Relief Operation, Bangladesh*, Defense Intelligence Agency, (abril).
- 1993b, «Environmental Defense Intelligence», en *Global Intelligence Issues*, Defense Intelligence Agency, (mayo).
- DALBY, Simon, 1992, «Security, Modernity, Ecology: The Dilemmas of Post-Cold War Security Discourse», *Alternatives*, vol. 17, n.1.
- 1994, «The Politics of Environmental Security», en Jyrki Käkönen (ed.), *Green Security or Militarized Environment*, Brookfield: Dartmouth, pp. 25-54.
- DEIBERT, Ronald J., 1995, «Out of Focus: U.S. Military Satellites to the Environmental Rescue», en Daniel Deudney y Richard Matthews (eds.), *Contested Ground: Security and Conflict in the New Environmental Politics*, Nueva York: SUNY Press.
- DEUDNEY, Daniel, 1990, «The Case Against Linking Environmental Degradation and National Security», *Millennium*, vol. 19, no. 3, pp. 461-76.
- 1991, «Environment and Security: Muddled Thinking», *Bulletin of Atomic Scientists* (abril), pp. 23-28.
- 1992, «The Mirage of Eco-War: The Weak Relationship

- Among Global Environmental Change, National Security and Interstate Violence», en Rowlands y M. Green (eds.), *Global Environmental Change and International Relations*, Basingstoke: MacMillan.
- DEUDNEY, Daniel y Richard MATTHEW, (eds.), 1995, *Contested Ground: Security and Conflict in the New Environmental Politics*. Albany, Nueva York: SUNY Press.
- DUNLAP, Charles, 1992-93, «The Origins of the Military Coup of 2012», *Parameters* (Winter).
- DURHAM, William H., 1979, *Scarcity and Survival in Central America: Ecological Origins of the Soccer War*, Stanford: Stanford University Press.
- EARTHSCAN, 1984, «Environment and Conflict». Earthscan briefing document 40 (noviembre), Washington.
- EL-HINNAWI, Essam, 1985, *Environmental Refugees*, Nairobi, Kenia: United Nations Environment Programme.
- FINGER, Matthias, 1991, «The Military, the Nation State and the Environment», *The Ecologist*, vol. 21, no. 5, pp. 220-25.
- GLEICK, Peter H., 1989, «The Implications of Global Climate Changes for International Security», *Climate Change*, no. 15 (octubre), pp. 303-25.
- 1991, «Environment and Security: Clear Connections», *Bulletin of the Atomic Scientists*, 47 (abril), pp. 17-21.
- 1993, «Water and Conflict», *International Security*, vol. 18, no. 1, pp. 79-112.
- GOODMAN, Sheri Wasserman, 1993, «Deputy Undersecretary of Defense for Environmental Security. Statement Before the House Subcommittee on Installation and Facilities» (13 de mayo).
- GURR, Ted Robert, 1985, «On the Political Consequences of Scarcity and Economic Decline», *International Studies Quarterly*, 29, pp. 51-75.
- GRAY, C. Boyden y RIVKIN JR., David B., 1991, «A 'No Regrets' Environmental Policy», *Foreign Policy*, no. 83, pp. 47-65.
- HAAS, Peter M., 1989, «Do regimes matter? Epistemic communities and Mediterranean pollution control», *International Organization*, no. 43, pp. 379-403.
- HASSAN, Shaikat, 1991, «Environmental Issues and Security in South Asia», *Adelphi Papers*, no. 262.
- HOMER-DIXON, Thomas F., 1991, «On the Threshold: Environmental Changes as Causes of Acute Conflict», *International Security*, no. 16, pp. 76-116.
- 1994a, «Environmental Scarcities and Violent Conflict: Evidence from Cases», *International Security*, vol. 19, no. 1, pp. 5-40.
- HOMER-DIXON, Thomas F., BOUTWELL, Jeffrey H. y RATHJENS, George W., 1993, «Environmental Scarcity and Violent Conflict», *Scientific American* 268, no. 2, pp. 38-45.
- HUNTINGTON, Samuel P., 1957, *The Soldier and the State: The Theory and Politics of Civil-Military Relations*, Cambridge: Belknap Press / Harvard University Press.
- JACOBSON, Jodi L., 1988, «Environmental Refugees: A Yardstick of Habitability», *Worldwatch Paper* 86 (noviembre).
- KEOHANE, Robert O., y Nye, Joseph S., 1977, *Power and Interdependence: World Politics in Transition*, Boston: Little, Brown.
- KUMAR, Chetan, 1993, «Beyond Earth Summit '92: Redefining the International Security Agenda», *ACDIS Occasional Paper*, Urbana, Ill: University of Illinois.
- LE PRESTRE, Phillippe, 1993, «Environmental Security and the future of American Defense Policy», comunicación presentada en *Geopolitics of the Environment and the New World Order: Limits, Conflicts, Insecurity?*, SORISTEC, Chantilly, Francia, 6-9 de enero.
- LIBISZEWSKI, Stepha, 1992, «What is an Environmental Conflict?», *Occasional Paper* no. 1, Environment and Conflicts Project, Berna y Zurich, Swiss Peace Foundation y Center for Security Studies and Conflict Research.
- LINDZEN, Richard S., 1990, «Some Coolness Concerning Global Warming», *Bulletin of the American Meteorological Society* (77), pp. 288-99.
- LIPSCHUTZ, Ronnie D., y HOLDREN, John P., 1990, «Crossing Borders: Resources Flow, the Global Environment, and International Security», *Bulletin of Peace Proposals* no. 21, pp. 121-33.
- LIPSCHUTZ, Ronnie D., 1992a, «What Resources Will Matter? Environmental Degradation as a Security Issue», *Environmental Dimensions of Security*. Actas del Simposio anual de la AAAS (9 de febrero).
- 1992b, «Reconstructing World Politics: the Emergence of Global Civil Society», *Millennium: Journal of International Studies*, no. 21, pp. 389-420.
- MACNEILL, Jim, WINSEMIUS, Pieter y YAKUSHIJI, Taizo, 1991, «Glo-

## Seguridad medioambiental

- bal Environmental and Geopolitical Change», en *Beyond Interdependence: The Meshing of the World's Economy and the Earth's Economy*. Nueva York: Oxford University Press.
- MATHEWS, Jessica Tuchman, 1989, «Redefining Security», *Foreign Affairs*, n. 68, pp. 162-77.
- 1991, «Nations and Nature: A New look at Global Security», Twenty-First J. Robert Oppenheimer Memorial Lecture, 12 de agosto de 1991, Los Alamos, New Mexico.
- MEADOWS, Donella H. et al., 1972, *The Limits of Growth: A Report for the Club of Rome's Project on the Predicaments of Mankind*, New York: New American Library.
- MISCHE, Patricia, 1989, «Ecological Security and the Need to Reconceptualize Sovereignty», *Alternatives*, no. 14, vol. 4, pp. 389-427.
- 1992, «Security Through Defending the Environment: Citizens Say Yes!», en Boulding, Elise (ed.), *New Agendas for Peace Research: Conflict and Security Reexamined*, Boulder: Lynne Rienner, pp. 103-119.
- MOLVAER, Reidulf K., 1991, «Environmentally Induced Conflicts?», *Bulletin of Peace Proposals*, n. 22, pp. 175-88.
- MORGENTHAU, Hans y THOMPSON, Kenneth W., 1985, *Politics Among Nations. The Struggle for Power and Peace*, 6a. ed., Nueva York: Alfred Knopf.
- MYERS, Norman, 1987, *Not Far Afield: U.S. Interests and the Global Environment*. Washington: World Resources Institute.
- 1989, «Environment and Security», *Foreign Policy*, no. 74, pp. 23-41.
- 1993, *Ultimate Security: The Environmental Basis of Political Stability*, New York: W.W. Norton & Co. *National Security Strategy of the United States*, 1991, Washington: U.S. Government Printing Office.
- PIRAGES, Dennis, 1989, *Global Technopolis*, Pacific Grove, California: Brooks/Cole.
- 1991, «Social Evolution and Ecological Security», *Bulletin of Peace Proposals*, no. 22, vol. 3, pp. 329-34.
- PORTER, Gareth, 1992, «Economic and Environmental Security in U.S. National Security Policy». Ponencia presentada en la mesa 'redonda sobre «Medio ambiente, economía y seguridad en el mundo de la post-Guerra Fría» del Environmental and Energy Study Institute, (19 de mayo).
- 1993, «Environmental Security and U.S. Foreign Policy». Working Paper, Washington: Environmental and Energy Study Institute.
- PRINS, Gwyn, 1990, «Politics and the Environment», *International Affairs*, vol. 66, no. 4, pp. 711-30.
- RENNER, Michael, 1989, «National Security: The Economic and Environmental Dimensions», *WorldWatch Paper* No. 89, Washington: WorldWatch Institute.
- RENNER, Michael, PIANTA, Mario y FRANCHI, Cinzia, 1991, «International Conflict and Environmental Degradation», en Vayrynen, Raimo (ed.), *New Directions in Conflict Theory*, London: Sage, pp. 108-28.
- ROMM, Joseph J., 1993, *Defining National Security: The Nonmilitary Aspects*, Nueva York: Council on Foreign Relations Press.
- SANDHOLTZ, Wayne, BORRUS, Michael, ZYSMAN, John, CONCA, Ken, STOWSKY, Jay, VOGEL, Steven y WEBER, Steve, 1992, *The Highest Stakes: The Economic Foundations of the Next Security System*, Nueva York: Oxford University Press.
- SAVIANO, Scott, 1994, «Environmental Change and Acute Conflict: The Ethiopian Famine of 1984-85 and Civil War». Comunicación presentada ante la reunión anual de la International Studies Association, 29 de marzo-1 de abril, Washington.
- SCHRIJVER, N., 1989, «International Organisation for Environmental Security», *Bulletin of Peace Proposals*, no. 20, pp. 115-22.
- SIMON, Julian L. y KAHN, Herman (eds.), 1984, *The Resourceful Earth: A Response to Global 2000*, Nueva York: Basil Blackwell.
- SUHRKE, Astri, 1993, «Pressure Points: Environmental Degradation, Migration and Conflict», Occasional Paper No. 3, Proyecto sobre Cambio Medioambiental y Conflicto Agudo, Toronto y Cambridge: American Academy of Arts and Sciences and Peace and Conflict Studies Program, University of Toronto.
- «Swords into Sensors», 1994, *The Economist* (29 de enero), pp. 85-86.
- THOMAS, Caroline, 1992, *The Environment in International Relations*, Londres: The Royal Institute of International Affairs.
- THURLOW, Lester, 1992, *Head to Head*, Nueva York: William Morrow.
- TIMBERLAKE, Lloyd y TINKER, Jon, 1985, «The Environmental Origins of Political Conflict», *Socialist Review*, vol. 15, no. 6, pp. 57-75.
- TURNER, Stansfield, 1991, «Intelligence for a New World Order», *Foreign Affairs*, no. 71, pp. 63-72.



## SEGURIDAD ECOLÓGICA

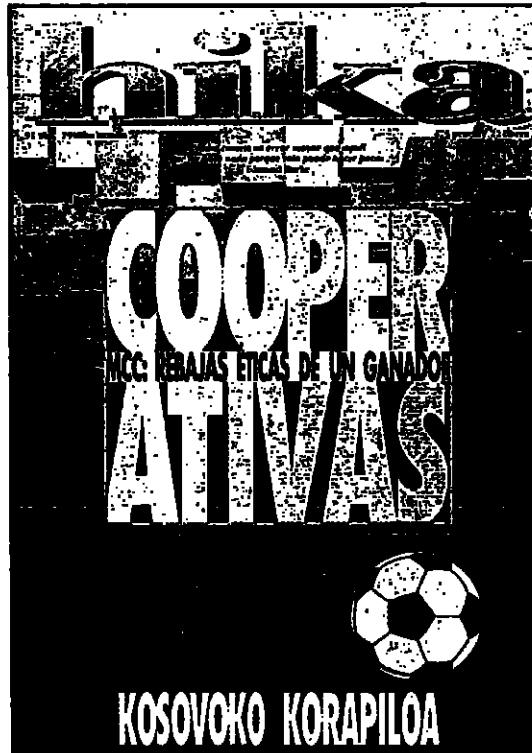
ULLMAN, Richard H., 1983, «Redefining Security», *International Security*, no. 8, pp. 129-53.

WALTZ, Kenneth, 1979, *Theory of International Politics*, Reading, Mass.: Addison-Wesley.

WESTING, Arthur H. (ed.), 1986, *Global Resources and International Conflict*, Oxford: Oxford University Press.

WIKMAN, Anders y TIMBERLAKE, Lloyd, 1988, *Natural Disasters: Acts of God or acts of Man?*, Filadelfia: New Society.

WORLD COMMISSION ON ENVIRONMENT AND DEVELOPMENT, 1987, *Our Common Future*, Nueva York: Oxford University Press.



hika

Harpildetza/SUSCRIPCIÓN

izena/NOMBRE

Herraldia/DIRECCIÓN

Kodea/CODIGO      Herria/POBLACIÓN      Herrialdea/TERRITORIO

Telefonoa/TELÉFONO: Herria: 777 - 2095 0383 31 3830344131

Heldetza/DOMICILIO      Bankua, Kontua/BANCO, CAJA

Kontua/AGENCIA      Kontuaren izena/BANCO, CAJA

Harpildetza 4.800 pents./suscripción anual 4.500 pnts. Zerbaita gutxienez izan behar duzu

BERRUGIETA HEMERLETZA